





M. G. NAGBNA



PHOSA



PQ7297
.G8
v.1
1898

LIC J.M.S.



OBRAS

DE

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

PROSA

TOMO PRIMERO

MÉXICO

TIP. DE LA OFICINA IMPRESORA DEL TIMBRE
PALACIO NACIONAL

1898

Donatario
Sec. Rangel Sierra
Esc. A. X. 84

1859-1895

PQ 7297

198

Vol

1898



BIBLIOTECA DE LITERATURA

131791

INTRODUCCIÓN

Con temores de niño, entremezclados de pueril alegría, abro poco á poco la puerta del estudio. No quiero meter ruido ni llamar sobre mí la atención de los muchos curiosos que esperan impacientes.

Era Justo Sierra quien debía pronunciar el discurso de apertura de la artística exposición; era él quien debía venir, majestuoso y risueño, como siempre, á dar su erudita conferencia acerca de estas obras y á demostrar, con el encanto de su palabra, la superioridad del maravilloso y joven autor. De modo que mi presencia va á producir murmuraciones de descontento. ¡Ah! pero á la vez, cómo me envanece y me entusiasma y me cosquillea el corazón un presuntuoso sentimiento de orgullo! Me persigue la insinuación acariciadora; el eco de la voz del maestro se ha quedado en mi oído, como el rumor del mar en el caracol:

—No puedo ir; vé tú, anúnciame para la clausura.

Ya sé que no fué Justo Sierra el que me eligió, sino la suerte. Yo era el que estaba cerca, el que había ayudado á colocar los cuadros, á clavar los tapices, á escoger la orfebrería, á escribir el catálogo, y por eso, con su habitual y bondadosa confianza, el maestro me dijo:—Vé.

Otros discípulos lo harían mejor, es claro; pero no estaban presentes, y urgía no hacer esperar más al público, cuya inquietud y malestar iban tomando formas alarmantes.

Vacilé; me aturdió un poco la sorpresa, y respondí sin saber lo que decía. Pero ya pasó ese instante de turbación, y obedezco. Cruzo por entre la multitud, con los ojos bajos, por miedo de encontrar semblantes hoscos ó caras burlescas, y, dominando mis temores y mi alegría, abro poco á poco la puerta del estudio. Ya está abierta de par en par; entro, oigo los pasos suaves y las voces veladas de los que me siguen; casi siento su contrariedad y su desencanto; cuchichean. ¿Qué dirán de mí? No, no vuelvo la cabeza, porque entonces puedo perder mi decisión y mi seguridad. Vamos; á subir al sillón de la cátedra; á sentarse. ¡Qué gentío! Y en un rincón, un grupo de amigos maliciosamente risueños. Esto es irremediable; un esfuerzo, un reconocimiento de la voz. . . .

Señores:

Las obras que hoy se presentan á vuestra vista, han sido escogidas por manos piadosas entre la estupenda suma de trabajos con que Manuel Gutiérrez Nájera, durante dos décadas, llenó la prensa nacional hasta colmarla. La mayor parte de estas obras está compuesta de bocetos, de esquemas, de apuntes y dibujos ejecutados á la ligera, con la precipitación del obrero que se ve precisado á terminar su tarea para ganarse el jornal íntegro. Lienzos acabados, estudios completos, hay pocos; pero así, pocos como son los cuadros que el artista concluyó, y muchos los proyectos que sólo esbozó, delineándolos con una ideal y exquisita finura, unos y otros muy á las claras muestran, como veréis, así la sabiduría del técnico como la sensibilidad del pensador y del poeta.

Era difícil, en verdad, y más que difícil, laborioso, y más que

laborioso, delicado, entresacar del enorme acervo acumulado en veinte años, estas filigranas de oro virgen, que son como piezas de una maquinaria, diseminadas en todas partes, y que una paciente faena logra juntar y engranar hasta rehacer, con adivinaciones y tanteos, el complicado mecanismo. Porque en medio del desbarajuste de la inquieta vida del artista, se entreve la unidad de la obra. ¡Oh, sí; es extraordinario este talento de refinado que á diario sujetó su espíritu al duro suplicio de la producción, sin que la fatiga intelectual, apenas perceptible en la última época, le obligase á cambiar de rumbo, á buscar reposo en otras ideas y otros sentimientos y otro estilo que los suyos propios, que él adquirió, asimilándose, en un principio, elementos que respondían á su temperamento, y que, más tarde, dominó, vaciándolos, por fin, en un molde definitivo y peculiar. Figuráos un lapidario que se ocupase en pulir un diamante, y que hoy, y mañana, y todos los días, puliese una faceta de la piedra preciosa. Esta fué la constante ocupación del artífice: limpiar y bruñir el estilo para que la luz se descompusiese en el prisma de cristal, y estallase en los colores del iris ante la mirada embebecida. A veces las aristas no son muy suaves, ni las caras muy tersas: hay lugares donde se echa de ver la violencia del pulimento; pero en conjunto, alejándose un poco, ¡qué bien que se ven cabrillear inesperados y fúlgidos matices!

El artista que hoy celebro había saturado su espíritu del sutil y enervante perfume que despiden, página á página, los modernos libros franceses. Esa expresión clara, flexible, inquieta y pura, la tomó de las divinas fuentes de donde mana el pensamiento en una forma exacta, bella, transparente como un ropaje luminoso. Sólo que el *Duque Job* recibía este rocío fecundo en el ánfora de su alma, incurablemente enferma de sensibilidad y ternura, en donde los extraños perfumes que caían, evaporábanse en una delicada y tibia fragancia, mezcla de flores y de in-

cienso. Por el tamiz de su temperamento, infinitamente piadoso, pasaban las ajenas concepciones que le inspiraron, como por una gasa azul pasan las claridades del sol.

Ahora que vais á admirar sus composiciones, á cada paso sorprenderéis en un rasgo, en una pincelada, en una línea, esta apostólica obsesión de consuelo, embalsamada con los últimos granos de mirra que el creyente pudo salvar en el arca rota de su fe. Tales composiciones, obra de una fantasía atacada de tranquilo delirio, fueron, apenas pensadas, traídas á la realidad, arrojadas al mundo exterior, con una fatigante y dolorosa precipitación.

No lo parecen; nadie lo creería; estaban destinadas á ser efímeras, á pasar al olvido en unas cuantas horas, y su autor jamás paró mientes en ellas, porque, de antemano, y á sabiendas, no quiso darles más luz que la que necesitaran para entretener y deslumbrar un momento á la multitud, como los fuegos artificiales. Y se equivocó: sin quererlo, vertió mucha miel de alma en esos panales. Entero se reveló en esas miniaturas que compuso á la buena de Dios, sin previa meditación, sin esfuerzo, como quien ejecuta un acto normal de la vida ordinaria. De ahí esos ligeros desaliños, esas reminiscencias, esas rapsodias, que reflejan la impresión y la lectura postreras.

¿Me permitís que os lo recuerde? Le conocí, le amé, estuve en perpetuo contacto con él, y le pedí la mano, á veces, para que me condujese en el misterioso laberinto del Arte.

Era un madrugador, un matinal. Quizá por eso de su sonrisa, de su mirada, de su voz, de todos sus poros, de todo su ser, despedía, derramándola en la atmósfera que lo circundaba, una suave frescura, un olor de alma en primavera, que á sus amigos nos hacía la impresión de una flor invisible, cuya esencia, vaga y desvanecida, aspiráramos lentamente.

¡Qué gozo espontáneo el suyo, al llegar á la redacción y re-

visar la prensa, y tomar la pluma, y ponerse á garrapatear cuartillas y más cuartillas, sin aparente discernimiento ni reflexión, entre nosotros que discutíamos y charlábamos, parleros unos como golondrinas recién despiertas, y otros amodorrados aún y con el cansancio y el aburrimiento que deja, en el amanecer, una noche alegre.

El no era de uno ni de otro bando; entre la alharaca y el trasiago, escribía, escribía. Poseedor de esa cualidad tan celebrada en Jorge Sand por sus contemporáneos, envolvía su pensamiento en una onda de silencio y de paz, que no traspasaban las agitaciones de nuestros tumultos ni los ecos de nuestros bullicios. De vez en cuando levantaba la cabeza, y de la lumbre encenizada del puro, ornato sempiterno de su boca, subía, culebreando, un hilo de humo moreno, que, al ascender, iba destorciéndose en diáfanos y caprichosos arabescos. Era que buscaba en el almacén de la memoria una cita, una frase célebre, un nombre, el título de un libro. Y un momento después, encorvado sobre la mesa, con el puro abatido, y casi extinto, tornaba á su trabajo, y el rasgueo precipitado de su pluma producía un ligero ruido de roedor laborioso. El *Duque*, ensimismado en su tarea, aparentaba no retener la cuerda loca de nuestra conversación. Y sí; de repente, en un rápido intervalo de silencio, oíamos, como caído del cielo, un *á propósito*, chorreante de malicia y de chiste. Y todos entrábamos á tiempo en el coro de la risa. Volvíamos hacia el gracioso, en cómicos ademanes de regocijo, y le veíamos risueño, alegre, con su fisonomía ingénua y dulce, y sus ojillos de Juno, de un verde diluído, relampagueando en la esclerótica amarillenta.

Ah! no era hermoso: su rostro pálido—máscara mal modelada—tenía una remota reminiscencia pagana; un vago total de sátiro joven. La cabeza fuerte, braquiocéfala, con el pelo cortado á la romana y manchado de prematura canicie; la frente asimé-

trica, con una protuberancia que parecía una contusión, y, desprendiéndose de las dos curvas de las cejas, como detenida por ellas, la nariz gruesa, robusta, desproporcionada, henchida de carne hacia la punta, hasta borrar los contornos de las fosas; y bajo la nariz, mal escondida por el bigote de púas enceradas y rígidas en horizontal constante, la boca de labios delgados, exangües, inclinada en una rara mueca hacia el rincón que sostenía la perpetua carga del puro. Pero estas facciones sinuosas, con repulgos y escarpaduras—como repujadas rudamente en una lámina de hierro—dentro del óvalo imperfecto de la cara, se animaban por un esplendor interno, dulce y vivo, que punteaba los ojos de rápidas estrellas errantes, y por una sonrisa bondadosa y pía, consoladora como una caricia, de esas que los pintores del Renacimiento pusieron á flor de labio, en las invioladas bocas de las vírgenes.

Y la testa mal modelada que, con una corona de hojas de vid, entretejida de mirtos, se hubiera semejado á la de un joven caprípedo, tomaba una expresión de ironía, inocente y serena, á cuyo sugestivo encanto íbanse borrando las líneas duras, las asimetrías, los defectos, como si una mano invisible retocara aquella fealdad extraña, dándole, de pronto, un misterioso y subyugador atractivo. Ese rostro fué una tosca vasija, donde apuramos sus compañeros el vino de su génio.

Hablaba, y le escuchábamos, elevando, á veces, la risa hasta las lágrimas, recibiendo con una loca algazara, la agudeza punzante y fúlgida, como un dardo de luz, y atentos á lo que decía aquel gozoso narrador. Era un epigramático sutil, un cronista alado de la vida. Muy adentro de su espíritu, muy adentro, quedaba intacto y puro el sentimiento; pero en la superficie, abrían sus corolas, rosadas como risueños labios de mujer, los asfodelos de la burla. Arriba las ondas bullentes de la gracia; abajo las aguas silenciosas y dormidas de la ternura. Esta faz de su ca-

rácter, tendrá que ser estudiada, en lo futuro, por un psicólogo. Yo la apunto aquí; y Gutiérrez Nájera la derramó á manos llenas en su conversación y en sus escritos.

Y cuando por la tarde tomábamos el periódico, húmedo aún y sin doblar, atraídos por una curiosa manía, y leíamos el artículo del *Duque*, no ocultábamos la sorpresa—¡la diaria sorpresa!—compuesta, por mitad, de admiración y de cariño. ¿Qué hacía este muchacho charlador, para escribir, en medio de nuestras escandalosas travesuras, esas páginas admirables, de estilo terso y blanco como una placa de mármol, repletas de alusiones literarias, con períodos eruditos, citas raras y hermosas, frases coloridas y arrulladoras, y tropos nuevos y delicadas alegorías? ¿Qué procedimiento empleaba este obrero incansable para realizar tales maravillas? ¿En qué hechicería, en qué texto de ocultismo se inspiraba aquel pujante cerebro para trasladar su pensamiento, con la rapidez de una evocación, á los puntos de la pluma?

Se llevó á la tumba el secreto de su prodigio.

En un banquete, sin embargo, nos hizo una explicación enigmática de su manera de trabajar. Dejaba correr la fantasía, suelta y despreocupadamente, sin presentarle obstáculos, ni ponerle trabas, á campo travieso, por las enmarañadas selvas del ensueño. La memoria le ayudaba mucho en esta carrera desenfundada, sin rumbo—vuelo de cinglo—por interminables horizontes. La memoria arrancaba de aquí y de allá, en las orillas del sendero recorrido, la flora exótica, los cálices de acre aroma y los pétalos de enarcado contorno, que picaban las brumas del recuerdo. La plasticidad y la flexibilidad de su estilo, dependían, según él afirmaba, de una caja de música que, en el interior del oído, marcábale constantemente los ritmos á que debía ajustar el idioma. Las voces salían, como evocadas por el canto interno,

y formaban guirnaldas melódicas, armoniosas combinaciones, inesperados juegos de sonidos, dentro de los cuales vibraba la nota perenne de una queja muy honda y muy doliente.

No olvidaré nunca la sobremesa de ese banquete; no la olvidarás tampoco tú, José Juan Tablada, en cuyo semblante de Edmundo de Goncourt, adolescente, no había caído aún esa niebla de tristezas y desengaños, que hoy vela el brillo de tus pupilas y pone en tu frente la huraña arruga de una anticipada misantropía. Tú fuiste el promotor, José Juan; te esforzaste por rendir este último tributo de admiración á nuestro joven maestro; nos invitaste, y corrimos en pos tuya, para honrar al hermano mayor que, sobre todos nosotros, poseía el don divino.

Entre alabanzas y ditirambos y panegíricos, fué el *Duque Job* sintiendo molesto; le estorbaban, como cadenas de presidario, los lazos de rosas que le echábamos al cuello, y su palabra, un tanto difícil y tardía que, hiriéndose, tropezaba en las pronunciaciones fuertes, como pie desnudo en camino pedregoso, tomaba estremecimientos sollozantes y temblores de angustia. Nos lo dijo: no quería ser ensalzado, sino amado. Y nos hizo sus confidencias dolorosas, abrió el cofre de sus intimidades literarias; sacó de él cuanto guardaba de amarguras, de desencantos y de penas. Nos mostró sus heridas: ya no sangraban; el bálsamo de una infinita bondad las había cerrado para siempre. Y entonces vimos cuánto sufrió este artista, de los estultos y de los rutineros, que creyeron hallar en la elegante originalidad del poeta, una presuntuosa extravagancia. Para imponerse, tuvo que pasar, como por un vericuetto de ortigas, por un sembrado de sarcasmos necios. Ejerció el sacerdocio de la santa paciencia, durante el reinado del insulto canalla y de la sátira brutal. Las vulgares mediocridades, parapetadas tras la muralla del sentido común, le lanzaron sus saetas emponzoñadas con el licor de víboras de la envidia.

Fué un cuento de veterano el que oímos; la narración de campañas heroicas, hecha por un valiente, apacible y sincero. Y mientras de los árboles del *tivoli*, goteaban los ocres y los rojos de un divino crepúsculo de cristal, y en el fondo escarlata de nuestras copas caía el polvo de oro de la tarde, nosotros, echados de brúces sobre la mesa revuelta del banquete, agitando nuestras floridas melenas de garzones románticos, escuchábamos en un nervioso silencio, pleno de emoción y de lágrimas, la tirada lírica de aquel triunfador que amó la Belleza sobre todas las cosas de este mundo.

¡Oh, amigos míos! ¿No es verdad que nuestra admiración tomó entonces la forma de una devoción?

Después de esa tarde, no volvió jamás á hablarnos de sus luchas; pero ya sabíamos á costa de qué sacrificios, de qué castigos, de qué dolorosas mutilaciones de vanidad, nos traía la nueva y brillante forma artística.

Sí; nos la trajo; la enseñó, la difundió, la hizo amar de la juventud americana.

Muy pronto Justo Sierra nos hará conocer la influencia decisiva que ejerció en nuestra literatura la irisada y joyante prosa de Gutiérrez Nájera. En él está todo el *modernismo* hispanoamericano; pero está sin extravíos, sin desequilibrios, sin epilepsias, sin rebuscamientos, sin ese aparato de novedad que disloca, y retuerce y oprime la idea, envolviéndola en una sonora red de vocablos pomposos.

En las obras que dió á la estampa en efímeras hojas, arrojándolas, como quien tiene prisa por irse, abrevaron las flamantes inspiraciones de los recién llegados á la Poesía.

En su casta y benévola vida, encendimos, como en la luz de una sagrada lámpara, nuestros anhelos y nuestras esperanzas; ¡ay! y un viento frío que venía de lo alto, sopló sobre la lla-

ma y la apagó! Quedamos por mucho tiempo en las tinieblas. «Conservo todavía—he clamado un año después de la muerte del *Duque*—esa pena que no quiere salir de la sombra; que se encapricha en seguir muda y sin lágrimas frente al lecho vacío de donde acaban de levantar la caja mortuoria para llevarla al camposanto. Quedan derramadas por el suelo, desprendidas de las coronas y las cruces de musgo, esas rosas amarillentas, de un blanco anémico, mustias y desveladas, que parecen mujeres que han llorado mucho y que, rendidas por la fatiga se dejaron caer en el pavimento. Una palma—símbolo cristiano—se encorva como la espada de un arcángel, entre los adornos de metal de la cabecera; los cuatro gruesos cirios, consumidos hasta la taza ennegrecida del candelero, arden opacamente y chorrean gotas de cera, como pupilas cansadas que vierten las últimas lágrimas. Por los balcones, entrecerrados, entran las ráfagas del sol como transparentes alas de átomos; el espejo está cubierto por un crespón inmóvil; las santas imágenes sonríen tras de los vidrios; el crucifijo de marfil abate la cabeza, en su eterna agonía, sobre el cuerpo enflaquecido y exangüe. Afuera se oye el paso monótono de la fúnebre comitiva que va atravesando el corredor. . . . Dejádme aquí, solo, amigos míos; esta obscuridad es grata á mi espíritu. En los rincones de la cámara están sollozando los cariños íntimos: un grito ahogado acaba de romper el silencio; tras de la puerta cae un cuerpo convulso; una niña, corriendo, atraviesa la alcoba; va asustada y trágica; se lleva las manos á la cabecita blonda, y murmura al salir: ¡*mamá!* ¡*mamá!*. . . . No, no quiero ver el día; no quiero ver el cielo: ¡son unos ingratos! Id vosotros, á quienes tanto amaba; acompañadle como otras veces, cuando en la noche, de vuelta del teatro, nos decía: «Vamos charlando hasta la puerta de mi casa,» y le seguíamos, riendo y fumando, á través de las calles solitarias. Quiero quedarme en la obscuridad de la alcoba, mirando la pun-

tiaguda llama del blandón próximo á extinguirse, frente al lecho vacío y el Cristo exangüe. . . .»

Y bien; aun tengo la pereza de un gran dolor transformado en blanda melancolía. Aun al recuerdo del doliente episodio, se enervan mis energías y se me nubla en llanto el pensamiento.

Dispensadme, señores, este inoportuno temblor de voz y esta rápida remembranza de la desaparición de mi amigo. Cedí, sin querer, á los impulsos de mi corazón perfumado con el amor de un ausente que se llevó muchas ilusiones mías á la misteriosa tierra, donde duerme, como él quiso, bajo un tapiz de *flores compasivas*.

Comprendo que esto no debe ser; que mi maestro no me encargó una elegía, sino un discurso de apertura; pero he venido sin prepararme, sin libros que citar ni doctrinas que exponer, confiado en que mi entendimiento se elevaría á la altura del asunto, por el sugestivo poder que, aun más allá de la tumba, tiene sobre mí el artista exquisito que se levantó, para no volver más, del festín de nuestra juventud.

Ya veo que mi fantasía no ha podido subir; sus alas son muy débiles, y le pesan, porque, en su vuelo á ras de la tierra, se las ha empapado una lluvia de lágrimas.

Pero dejad que tienda mi tristeza—crespón negro del que emergen las flores retóricas como fúnebres bordaduras—sobre la celeste poesía de esta dulce memoria.

Justo Sierra prometió venir á clausurar la exposición con una conferencia. Esperadla. Entretanto, pasad; el taller queda abierto, y en él hay mucho que admirar, ¡oh buenos espíritus enamorados de lo bello! . . .

LUIS G. URBINA.

1172

CUENTOS FRÁGILES

ALBERTO GARCÍA

CUENTOS FRÁGILES